

LA CRISIS DE VERDAD ESTA POR LLEGAR



Las últimas noticias económicas de perfil positivo podrían llevarnos a pensar que lo peor de la crisis ya ha pasado, que la recesión ha tocado fondo y que empieza la fase de recuperación. Siguiendo esta dinámica, tan clásica de los ciclos económicos, el debate se centra en la velocidad de recuperación. De alguna manera estamos asumiendo que todo volverá a ser como antes, que la crisis, con toda su profundidad, pasará y recuperaremos el edén perdido. Así, la crisis, aun siendo dura y costosa, volverá a ser parte del discurso de la fase bajista de un ciclo económico que se volverá a recuperar.

Esta percepción podría estar acompañada de algunas expresiones de expertos que han anunciado la profundidad de la crisis, su carácter histórico en tanto que se compara con la crisis de 1929, y la necesidad de abordar reformas estructurales a todos los niveles. Algo así como que esto es más grave de lo que nos parece. Sin embargo, el discurso oficial, que necesita activar las fuentes del optimismo, se empeña en proyectar la recuperación como la vuelta al lugar del que nunca debimos salir. Las declaraciones, en gran medida, se sitúan en el día de después de la recuperación. Se sigue hablando, es cierto, de la necesidad de cambiar el modelo de crecimiento, por ejemplo, de la economía española, pero suena más a discurso teórico que a convicción que movilice la práctica. Parece claro que volveremos a alcanzar y superar nuestros estadios previos de bienestar, aunque no nos pongamos de acuerdo sobre la velocidad a la que lo haremos. Al menos el comportamiento de todos los agentes económicos y sociales parece instalado en ese discurso. Se magnifican las contradicciones, pero sólo cuando afectan al que aparece como contrario. Se articulan discursos catastrofistas si hace falta, pero desde la lógica de la trinchera. Una lógica un tanto ventajista que busca el discurso demodador para el contrario, como si la cosa sólo fuese con él, como si en nuestra trinchera no tuviésemos nada que hacer. Así, finalmente, se acaba proyectando una situación de gran crisis, pero es como de mentiras. Una crisis profunda pero que afecta al otro, que es el que tiene que cambiar. Una crisis dura, pero que, de alguna manera, pasará y recuperaremos el nivel perdido. Y así, hasta la próxima, porque no ha sido la primera ni será la última.

A todo esto, el debate parece articularse en torno al juego que da un indicador, el del PIB y su crecimiento. Así, de pronto parece que

el optimismo impera porque el dato del último trimestre ya es positivo. Sin embargo, ¿dónde está la medida del bienestar de los ciudadanos?, ¿dónde está la medida del progreso económico y social?, ¿cómo afecta la situación de creciente desempleo al discurso del optimismo? Sin querer quitarle importancia al indicador del PIB, algo nos estamos perdiendo si sólo nos fijamos en eso para valorar la situación de nuestra economía y nuestra sociedad. Se está produciendo y, a mi juicio, se intensificará más, un debate sobre los propios indicadores del progreso y bienestar económico y social. Necesitamos conocer, medir, comparar más cosas que el indicador del PIB. En definitiva, echamos en falta nuevos indicadores

La crisis real se va a dar en el modelo social de referencia, que está cambiando. Lo intuimos aunque no lo asumimos

porque necesitaremos medir otras cosas. Y necesitaremos medir otras cosas porque el modelo de referencia está cambiando.

Es aquí, en el verdadero cambio social del modelo de referencia, donde se va a producir la verdadera crisis. En este sentido, lo que hemos vivido hasta ahora en los años 2008 y 2009, y lo que viviremos en 2010, no es sino el adelanto de la verdadera crisis que está por llegar. Porque lo vivido como un ciclo que se recuperará será absorbido por una verdadera oleada de cambio que ha empezado, pero está por llegar. Nada volverá a ser como fue. No volverá a ser lo mismo.

Creo que el verdadero cambio, impregnado de innovación, está intuito, pero nos resistimos a asumirlo. Y nos resistimos pensando que igual no llega y lo podemos pasar en nuestra propia trinchera, con una actitud defensiva, para ganar tiempo y tener el menor desgaste posible. Mientras tanto, se habla de lo de siempre: modelo económico, modelo de relaciones laborales, papel de la Administración, sostenibilidad del modelo de gasto social, etc. Pero, aunque se habla de crisis, nadie da su brazo a torcer, nadie cede en su posición para compartir con otros un futuro común.

Si la crisis de verdad, que está por llegar, va a suponer un verdadero cambio de paradigma, será fundamental que asumamos el reto de recuperar los valores perdidos, revisarlos, adaptarlos a los nuevos tiempos y reforzarlos. Poner en el centro de nuestro pensamiento y nuestra acción que no todo vale y que la tentación de lo especulativo, del éxito y el dinero fácil e inmediato no puede imponerse al valor del trabajo duro, de la perseverancia, de reconocer la grandeza de lo cotidiano, de quien día a día construye un futuro de progreso para todos, de quien piensa más allá del corto plazo. Estos valores deben ayudar a recuperar el principio de la cooperación. Si no abandonamos las trincheras para reconocer la diversidad, la razón del otro y la necesidad de construir entre todos, no podremos afrontar la crisis con garantías de éxito. Y, sin embargo, miramos alrededor y vemos que esto de cooperar está en el discurso de todos, pero en la práctica de casi nadie. Es desmoralizante pensar que ni siquiera en situaciones de verdadera necesidad somos capaces de

activar la cooperación. Pues bien, sin este elemento activado en todo su potencial, tampoco ganaremos el futuro. Los valores y la activación de la cooperación necesitan de un liderazgo claro, que genere confianza y alimente la convicción, un liderazgo compartido. Construido sobre valores y activada la cooperación, los nuevos liderazgos se enfrentan al reto de dominar el tiempo, porque no tenemos todo el tiempo del mundo.

Dice el profesor Jorge Wagensberg que el progreso consiste en ganar independencia frente a la incertidumbre. Es una definición que me gusta, pues encierra un desafío, para mí fundamental. El que supone asumir los retos en primera persona, enfrentar la incertidumbre

Hay que retomar valores perdidos, activar la cooperación y gestionar el tiempo, lo que exige un liderazgo claro

desde la convicción de que el futuro pasa por nosotros mismos, que nadie va a hacer nuestro trabajo. Me parece, además, que esta manera de entender el progreso tiene mucho que ver con los valores, la cooperación, el liderazgo y la gestión del tiempo. Son aspectos que proyectan todo lo que nos queda por hacer para que la crisis, la verdadera crisis que está por llegar, suponga para todos un verdadero progreso, de manera que en un mundo cada vez más incierto, nos sintamos más dueños de nuestro propio destino.

© Presidente de Ibermática

